

EL 15-M Y LA CRISIS DE LA CULTURA CONSENSUAL EN ESPAÑA

Amador Fernández-Savater

AUTORES/AUTHORS:

Amador Fernández-Savater

ADSCRIPCIÓN PROFESIONAL/PROFESSIONAL AFFILIATION:

Periodista

Journalist

TÍTULO/TITLE:

El 15-M y la crisis de la cultura consensual en España

The 15-M Movement and the crisis of consensual culture in Spain»

CORREO-E/E-MAIL:

amador@sindominio.net

RESUMEN/ABSTRACT:

El cuestionamiento y la entrada en crisis de la llamada Cultura consensual de la Transición sirve de preámbulo al autor del artículo para adentrarse en la valoración de movimientos tan significativos como el 11-M o el «no a la guerra», para terminar interesándose por la génesis y la impronta del movimiento del 15-M.

The challenge to and crisis in the consensual culture of the Spanish Transition serve as the introduction to the author's evaluation of movements as influential as the 11-M or «anti-war» movement and subsequent examination of the genesis and impact of the 15-M movement.

PALABRAS CLAVE/KEYWORDS:

15-M, crisis, cultural consensual, cultura de la Transición, España

15-M, crisis, consensual culture, culture of the Transition, Spain

Cultura de la Transición

El periodista Guillem Martínez acuñó el término «Cultura de la Transición» (CT) para nombrar la cultura –en sentido fuerte: maneras de ver, de hacer y de pensar– que ha sido hegemónica en España durante los últimos treinta años, la que nace con la derrota de los movimientos radicales de los setenta (movimiento obrero autónomo, contracultura, etc.)

La CT es una cultura esencialmente *consensual*, pero no en el sentido de que llegue a acuerdos mediante el diálogo de los desacuerdos, sino de que impone ya de entrada los límites de lo posible: la democracia-mercado es el único marco admisible de convivencia y organización de lo común, punto y final. La CT se dedica desde hace treinta años a poner ese punto y final, una y otra vez: «Eso no se discute», «No sé de qué me hablas», «No hay alternativa», «O yo o el caos», «Lo que hay es lo que hay», etc.

La CT es una cultura profundamente *desproblematizadora*: no se puede hacer preguntas sobre las formas de organizar la vida en común por fuera de lo posible autorizado. Los conflictos y los problemas son fisuras potenciales en el *statu quo* y su reparto de lugares, tareas y poderes: quién puede hablar y quién no, quién puede decidir y quién debe limitarse a obedecer, qué palabra tiene valor y cuál es mero ruido, etc. Por tanto, es una cultura profundamente *despolitizadora*, porque la política consiste precisamente en hacer preguntas sobre los modos de estar juntos.

Cultura consensual, cultura desproblematizadora, cultura despolitizadora, la CT se aseguró durante tres décadas el control de la realidad mediante el monopolio de las palabras, los temas y la memoria. Cómo debe circular la palabra y qué debe significar cada una. En torno a qué debemos pensar y en qué términos. Qué debemos recordar y en función de qué presente debemos hacerlo. Durante años, ese monopolio del sentido se ejerció sobre todo a través de un sistema de información centralizado y unidireccional al que solo las voces mediáticas tenían acceso, mientras que el público jugaba el papel de audiencia pasiva y existían temas intocables.

En la CT, el consenso sobre las cuestiones políticas y económicas es absoluto: el sistema de partidos y el mercado no son ni pueden ser objeto de discusión. Sin embargo, se escenifica un conflicto permanente en el que estamos invitados a tomar partido: PSOE o PP, izquierda o derecha, capitalismo ilustrado o capitalismo troglodita, «las dos Españas». Esa polarización organiza nuestro mapa de lo posible. Se puede hablar sobre el nacionalismo, la lengua o el laicismo, pero no sobre la precariedad, los desahucios y las hipotecas. Se puede discutir sobre el tabaco, los límites de velocidad y los toros, pero no cuestionar la representación política. La derecha extrema ataca agresivamente el derecho al aborto, el matrimonio homosexual y la asignatura de Educación para la Ciudadanía. La izquierda progre responde educadamente con gestos simbólicos sobre el crucifijo en las escuelas, el multiculturalismo o el feminismo. Pero en cualquiera de los casos, la CT se asegura siempre el monopolio de los temas y los enfoques.

El objetivo de la CT, su obsesión, es la «cohesión». Su idea de la cohesión es que todos y cada uno aceptemos identificarnos con el papel que nos toca: la política es cosa de los políticos; *la cultura es patrimonio de los «grandes creadores»*; la palabra autorizada es un privilegio de intelectuales y expertos; los movimientos sociales se encargan en todo caso de alternativas marginales; y, finalmente, la guerra de todos contra todos es la ley secreta de la sociedad. La CT se autojustifica como un árbitro necesario en esa guerra social.

Maurice Blanchot llamaba «muerte política» a una situación en la que delegamos todas nuestras capacidades (de pensamiento, de expresión, de decisión) en un «poder de salvación». La CT es ese poder de salvación, la cohesión es su forma de muerte política y la gestión del miedo está en la base de su autoridad para clasificar y distribuir los papeles sociales.

El poder de la CT se ha ido vaciando con los años. Por un lado, han ido desapareciendo o disminuyendo los miedos que la CT administraba e instrumentalizaba en tanto que «poder de salvación»: golpe militar, terrorismo de ETA, ruptura de España, poder omnímodo de la Iglesia, etc. Al mismo tiempo, se han ido perdiendo los derechos colectivos asociados al Estado de bienestar (mediante las privatizaciones, los recortes, la precarización generalizada) incluidos también en el consenso. La CT se percibe cada vez menos como protección y cada vez más como la fuente misma de los peligros contemporáneos.

Por otro lado, las nuevas dinámicas sociales y culturales erosionan la legitimidad de la CT: la gente joven consume cada vez menos CT y cada vez más cultura simplemente de mercado, la red habilita la posibilidad de un desborde del monopolio de la palabra que estaba en manos de los intelectuales y expertos CT, etc. En definitiva, es el nuevo contexto de globalización capitalista-neoliberal el que explica en gran parte que la CT se haya vaciado de poder.

La desafección con respecto a la cultura consensual, que tiene un recorrido muy largo y se ha expresado de mil formas distintas a lo largo de años (desde el fenómeno de la abstención electoral hasta los movimientos sociales), se ha expresado en el 15-M como un hecho masivo y completamente central (ya no marginal) en la sociedad. Evitando cuidadosamente los debates identitarios que nos capturan en el tablero de ajedrez de la política-espectáculo, el 15-M ha apuntado al mayor de los tabúes de la CT al exigir «Democracia real ya». Es decir, al afirmar que es el pueblo quien debe mandar y no los políticos ni el dinero.

Movimientos sociales que no son movimientos sociales

El 15-M es la mayor brecha que hemos visto aparecer nunca en el muro de la CT, pero tiene antecedentes. Movimientos como la insumisión al servicio militar o por la recuperación de la memoria histórica –contra nuestras particulares leyes de punto final– han socavado profundamente las figuras y los relatos de la CT. Pero creo que el 15-M se engarza de forma más directa en el plano subjetivo con esos otros momentos recientes en los que hemos gritado masivamente

«No nos representan» y «Lo llaman democracia y no lo es». Me refiero por ejemplo al «No a la guerra» en 2003, a la reacción social ante los atentados terroristas del 11-M en 2004 y la gestión mentirosa que hizo el PP de ellos, al movimiento V de Vivienda en 2006 o a las movilizaciones contra la Ley antidescargas (o Ley Sinde) a partir de 2009. Todos ellos son movimientos relacionados de diferentes maneras con la nueva época global y la pérdida de soberanía del Estado-nación (en tanto que poder autónomo de decisión y configuración de realidad).

En cada uno de esos movimientos, una fuerte carga crítica se expresó de modo muy inteligente para esquivar la criminalización, para interpelar a lo social sin dar cancha a los políticos, para escapar de los guetos y las identificaciones castrantes (identitarias, ideológicas, etc.). ¿Quién era el *nosotros* del «No a la guerra», el 11-M, la V de Vivienda o la lucha contra la Ley Sinde? Todos y nadie, cualquiera, muy diferentes afectaciones pudieron encontrarse en espacios abiertos para elaborar políticamente problemas comunes.

Los modos de politización que esos movimientos inauguran ya no corresponden con los de los movimientos sociales: ni viejos ni nuevos. No están convocados, protagonizados ni liderados por militantes o activistas, como en el caso de la okupación, la insumisión o la antiglobalización, sino sobre todo por gente sin experiencia política previa; no extraen su fuerza de un programa o de una ideología, sino de una afectación sensible y en primera persona por algo que sucede; no se identifican a la izquierda o a la derecha, sino que escapan a esa alternativa proponiendo un nosotros no identitario, abierto e incluyente en el que cabe cualquiera; no buscan destruir este mundo para construir otro, sino más bien defender y recrear el único mundo que hay contra los que lo estropean, sin programa utópico o alternativa global de sociedad.

Movimientos sociales que no son movimientos sociales, casi diríamos más bien Objetos Voladores No Identificados. Difícilmente perceptibles para los radares del pensamiento crítico tradicional debido a su falta de pureza en lo que dicen y lo que hacen, a la dificultad para *sumarlos* a los movimientos sociales alternativos y/o antisistema. Algunos amigos los llamamos «espacios de anonimato» y los perseguimos desde hace años, completamente abducidos. No es fácil: van y vienen, aparecen y desaparecen. Pero no se repiten, sino que se actualizan una vez tras otra, en una especie de espiral.

Política y antipolítica

El 15-M es a la vez una fuerza política y antipolítica. Es decir, plantea preguntas radicales sobre las formas de organizar la vida en común que no caben en el tablero de ajedrez político y lo trastocan.

«Democracia real ya» es un enunciado que altera por completo el monopolio de las palabras y los temas que ejerce de manera cotidiana la CT. Por un lado, supone un rechazo desafiante,

explícito y sonoro de la política de (todos) los políticos. A nadie se le escapa ya que la política de los políticos se limita hoy en día a gestionar las necesidades de la economía global presentada como un «destino». Que la política no está al servicio de las personas, sino de la lógica de beneficio. El 15-M pone esa cuestión en el centro de todas las ciudades y en el centro de todos los debates públicos. En este sentido, podría considerarse un movimiento «antipolítico».

Pero aunque nos una el rechazo, somos más que rechazo. Esta es una verdad que intelectuales de la talla de Zygmunt Bauman no ven, pero que sin embargo es obvia para cualquiera que haya pasado por las plazas: a los pocos días no estábamos allí para gritar nuestra indignación contra nadie, sino por la belleza y la potencia de estar juntos, haciéndonos cargo colectivamente de un espacio de vida y ensayando modos de participación común en las cosas comunes. Por lo tanto, redefiniendo y reinventando lo político.

Como dijo alguien en una asamblea, las plazas fueron «talleres de democracia al aire libre». Las luchas de poder típicas de la CT se sustituían por la escucha activa, la elaboración de pensamiento colectivo, la atención hacia lo que se está construyendo entre todos, la confianza generosísima en la inteligencia del otro desconocido, el rechazo de los bloques mayoritarios y minoritarios, la búsqueda paciente de verdades incluyentes, el cuestionamiento y recuestionamiento constante de las decisiones tomadas, el privilegio del debate y el proceso sobre la eficacia de los resultados, etc.

Si el consenso de la CT funciona, como decíamos al principio, prescribiendo de entrada los límites de lo posible, en el movimiento 15-M el consenso significa algo bien distinto: los acuerdos se construyen haciendo dialogar los desacuerdos en asambleas públicas donde cualquiera puede hablar en nombre propio y no existen las facciones-partidos.

Espacios de invitación

Una de las mayores potencias éticas y políticas del 15-M es la pregunta y la preocupación constantes por el otro, el que no está ya aquí, *entre nosotros*. Los acampados siempre supieron muy bien que su fuerza estaba *fuera* de las acampadas. Mejor dicho: en el vínculo vivo con lo que un amigo llama «la parte quieta del movimiento», es decir, la población tocada y afectada por el 15-M aunque no participase directamente en la parte organizada. El campamento de Plaza del Sol nunca buscó la *separación* y por eso suscitó tantos flujos de solidaridad dentro/fuera (tan solo el tercer día tuvo que hacerse un llamamiento para que los vecinos de Madrid dejaran de llevar comida que ya no se sabía dónde almacenar). No se planteó como una trinchera o un afuera utópico, sino como una *invitación* al otro desconocido a encontrarse, pensar y organizarse juntos en pie de igualdad. Invitar no es una operación sencilla: hay que confiar en el desconocido, saber acoger y tener algo que ofrecer, evitar los cierres identitarios, estar dispuesto a dejarse alterar por lo que el otro tiene que traer, permitir

al otro reapropiarse del espacio y reconfigurarlo a su gusto, etc. Es la práctica que el movimiento nombró como «inclusividad». En esa pregunta y esa preocupación por el otro residía una parte importante de la tensión creativa de las acampadas. La consigna de «respeto» que circulaba con tanta fuerza nombraba la exigencia y el desafío de elaborar una convivencia entre diferentes y desconocidos, poniendo siempre en primer plano lo que une y no lo que separa (siglas, violencia, lenguajes y comportamientos excluyentes). Lo más difícil hoy en día cuando el otro se nos aparece repetidamente como un obstáculo o una amenaza.

Nombres de cualquiera

Los poderes operan siempre por de-limitación: establecen fronteras, asignan identidades, estereotipan la realidad. El objetivo que han perseguido en el caso del 15-M es distinguir entre la gente que protesta y la gente normal, señalando a los indignados como «marginales antisistema», «violentos» o «perroflautas». Dividir mediante estereotipos impregnados de miedo, marcar una línea clara entre lo normal y lo sospechoso (turbio y violento). Romper lo común. Pero el 15-M ha inventado mil formas de pinchar los estereotipos, desde el humor que ridiculiza y vacía las imágenes del miedo hasta la invitación constante a cualquiera a acercarse a ver con sus propios ojos la realidad que estábamos construyendo en las plazas, reproponiéndose a sí mismo una y otra vez como espacio de cualquiera, afirmando que en estas condiciones *lo más normal es protestar*. «Nosotros no somos antisistema, el sistema es anti-nosotros». Esa ha sido y es su fuerza: coger a contrapié una y otra vez los haceres y decires dominantes.

Frente a los estereotipos que dividen, el 15-M ha propuesto algunos nombres de cualquiera o identidades no identitarias. Por ejemplo, «indignados». Al principio funcionó más como una etiqueta mediática y casi nadie en las acampadas se identificaba con ella, pero más tarde la gente del 15-M se reapropió del término. Indignados dispone un nosotros muy abierto. No remite a una identidad sociológica o ideológica («estos» o «aquellos»), sino a una decisión subjetiva, potencialmente accesible a cualquiera. Cualquiera puede sentirse indignado, cualquiera puede rechazar ser una mercancía en manos de políticos y banqueros, cualquiera puede percibir como intolerable el estado de cosas. Indignados nos permitió encontrarnos a los diferentes «en tanto que» algo común e inclusivo y no «en tanto que» algo excluyente o contrapuesto (izquierda o derecha, monárquicos o republicanos, etc.). Y lo mismo ocurrió con otros nombres de cualquiera del 15-M, como «personas», «Somos el 99%» o incluso la misma Plaza de Sol asumida como un personaje colectivo.

Después de las plazas: movimiento...

Después de un mes en las plazas, el 15-M se desplazó a los barrios. Una de las líneas de acción que se ha desarrollado con más fuerza desde allí ha sido la lucha contra los desahucios.

Las cifras de desahucios en España no han parado de crecer desde la explosión de la crisis en 2008. Se calcula que se ejecutan ciento setenta y cinco desalojos diarios. Se trata de personas que no pueden asumir el pago de las hipotecas que contrataron en su día y son expulsadas de sus casas (lo que no las exime de la obligación de pagar el resto de la hipoteca pendiente). Los desahucios son la imagen más precisa de la crisis, quizá incluso también la imagen más precisa del capitalismo actual. Desahuciar, expulsar, desposeer, desarraigar, precarizar, fragilizar, arrojar a la intemperie y la incertidumbre... Para los mercados financieros que rigen nuestro mundo, todos somos materia desechable, prescindible, superflua. Ninguno está a salvo del gran desahucio capitalista. La alteración de todo es la norma y la estabilidad de algo es ahora la excepción. El miedo a quedar fuera es el acicate de fondo que nos empuja a todos a abrirnos paso a codazos en el día a día. Ningún desahucio había sido noticia hasta ahora. Un desahucio no puede ser «tema» para ninguna voz de la CT, casi por definición. Pero ahora sí se habla de ellos. Los desahucios aparecen en la prensa y la televisión. ¿Por qué? Simplemente porque algunas personas han decidido interrumpir ese mecanismo que se nos presentaba como una especie de fatalidad «natural», mostrando que se trata de un problema político. El bloqueo de un desahucio es un gesto que agujerea la cultura consensual de la CT: hace ver lo que se quería ocultar, problematiza y politiza lo que se quería «naturalizar», esquivando todas las trampas identitarias y nos interpela a todos.

Pero al mismo tiempo, las asambleas y espacios organizados del 15-M se han ido vaciando de gente con el paso de los meses. Un intenso debate se abrió al respecto hacia diciembre. ¿Dónde se han metido todas las personas que poblaron plazas y asambleas en primavera? ¿Se han vuelto desahucios al 15-M, son incapaces de un compromiso duradero, se han resignado a su suerte? Pienso que no, que en general la gente ha *vuelto a hacer su vida*. Se plantea aquí un problema crucial: la relación entre vida y política. Las semanas de acampada en Sol fueron un tiempo excepcional, pero resulta muy complicado *habitar* una excepción. O sólo puede hacerlo gente *fuera de lo normal*: por ejemplo, los activistas, los que hacen de la política el centro de su existencia y disponen de todo el tiempo para ella. Pero los modos de hacer activistas acogen y convocan sobre todo a otros activistas. *La profesionalización de la política* (también activista) *vacía los espacios comunes*. El problema aquí es la enorme dificultad que tenemos para inventar formas de hacer política que estén a la altura de las personas y no al revés. Una política *habitabile* para el 99%, no sólo para los activistas. Lo personal se desliga de lo colectivo cuando no somos capaces de inventar engarces entre modos de vida y modos de lucha. Entonces lo político se vacía y muere.

... y clima

Pero «volver a hacer su vida» es una mala expresión. Porque después de pasar por las plazas no se vuelve igual, ni por tanto se vuelve a la misma vida. Paradójicamente, volvemos a *una nueva vida*: tocada, atravesada, afectada por el 15-M. Miles de personas han visto alterada su mirada, su práctica y su estar en el mundo tras el encuentro con el 15-M. Por eso es po-

sible decir que ahora el 15-M no solo es una estructura organizativa compuesta de asambleas y comisiones, sino sobre todo otro *estado mental* y otra disposición colectiva hacia la realidad, marcada por la experiencia empoderadora de las plazas. Proliferan las iniciativas con el espíritu 15-M que ya no surgen del movimiento 15-M. Y los modos de hacer 15-M contagian e impregnan a otros movimientos que han venido después.

El 15-M ha creado un nuevo clima social, en el que otras cosas se vuelven posibles. El sistema de partidos ya no es un tabú, ni la identificación entre democracia y capitalismo es ya evidente para casi nadie. Es posible pensar y hacer política sin estar afiliado a un partido, ni ser siquiera militante de un movimiento social. Miles de personas se sirven cotidianamente de la red para construir en forma colectiva otro punto de vista sobre la actualidad. Hemos aprendido que el otro desconocido no es solo un enemigo o un objeto indiferente, sino que puede ser un cómplice. Nos hemos descubierto capaces de hacer cosas que nunca habíamos sospechado. Hemos cuestionado juntos ese peso asfixiante de la realidad oficial que dice: *lo que hay es lo que hay*. La situación macro sigue igual, pero ahora la vemos desde otro sitio. Entre ella y nosotros se abre un espacio donde se puede respirar.

El clima se difunde a través de todas esas personas afectadas por el 15-M, pero que no forman parte de la estructura organizada en asambleas y comisiones de trabajo. Atraviesa la sociedad entera como una corriente discontinua en el tiempo y el espacio, compleja y diversa, imprevisible. A veces subterránea, encarnada en mil iniciativas formales e informales arraigadas en lo cotidiano. A veces muy visible, expresándose en enjambres y mareas que toman masivamente la calle. Sabíamos más o menos cómo se organiza un movimiento social, pero *¿cómo se (auto)organiza un clima?*

Dispositivos inacabados

Si el clima es esta realidad discontinua, compleja e imprevisible, quizá se trata de pensar más la organización en términos de circulación que de centralización y adhesión. ¿Cómo favorecer que las cosas circulen? Entre amigos surge la imagen del «dispositivo inacabado». El dispositivo inacabado puede ser un espacio, una herramienta, una idea, una imagen, una propuesta. Es inacabado en tanto que es abierto y deja espacio al otro para reconfigurarlo y alterarlo, sin imponer modos de uso únicos o criterios de pertenencia rígidos; en tanto que es replicable y se puede trasladar, traducir y recrear en otros contextos y situaciones, sin establecer claramente un autor-propietario. El dispositivo inacabado requiere (es decir, necesita y solicita) la participación activa del otro para encontrar un sentido y un uso.

Pensar en términos de dispositivos inacabados implica renunciar al control y confiar en la inteligencia y autonomía de los otros. Asumir con alegría las contradicciones y paradojas de los espacios realmente plurales y complejos. Abandonar el fantasma del Plan Maestro y aportar lo que podamos a un espacio indeterminado sin pretender dominar los efectos. Aprender

a habitar la incertidumbre y a saber hacer con el no-saber. El campamento de Sol es un buen ejemplo de todo ello: habitable e inclusivo en tanto que abierto y reapropiable, se replicó a una velocidad de vértigo por todas las ciudades de España. Y el mismo movimiento global de las plazas se podría pensar tal vez así: no una identidad o un programa común, sino un campo de resonancias, vibraciones y ondas de choque. No un «nuevo sujeto político», sino una conversación intermitente y frágil, repleta de malentendidos y traducciones creativas. Entre Tahrir y Sol, entre Sol y Syntagma, entre Syntagma y Zuccotti...

Fecha de recepción: 27 de julio de 2012